

A TRAVÉS OLPE23 JED



Severiana

RICARDO CHÁVEZ CASTAÑEDA

Severiana

A TRAVÉS DEL ESPEJO

Severiana

RICARDO CHÁVEZ CASTAÑEDA



FONDO
DE CULTURA
ECONÓMICA

Primera edición, 2010
Cuarta reimpression, 2015

Chávez Castañeda, Ricardo
Severiana / Ricardo Chávez Castañeda. — México :
FCE, 2010
165 p. ; 23 × 14 cm — (Colec. A Través del Espejo)
ISBN 978-607-16-0261-9

1. Literatura infantil 2. Literatura juvenil I. Ser. II. t.

LC PZ7

Dewey 808.068 Cha339s

Distribución mundial

© 2010, Ricardo Chávez Castañeda

D. R. © 2010, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho Ajusco, 227; 14738 México, D. F.
www.fondodeculturaeconomica.com
Empresa certificada iso 9001:2008

Editores: Eliana Pasarán, Miriam Martínez, Carlos Tejada
y Mariana Mendía
Diseño de interiores: Miguel Venegas Geffroy
Diseño de forro: León Muñoz Santini y Dulce Chacona

Comentarios:
librosparaninos@fondodeculturaeconomica.com
Tel.: (55)5449-1871. Fax: (55)5449-1873

Se prohíbe la reproducción parcial o total de esta obra,
por cualquier medio, sin el consentimiento por escrito
del titular de los derechos correspondientes.

ISBN 978-607-16-0261-9

Impreso en México • *Printed in Mexico*

*Para Angélica y Humberto,
mis amados padres —nunca suficientemente
bienamados— que, con su amor, me enseñaron el
sueño de toda madre y todo padre: un mundo
que no sea este mundo, donde los hijos
felizmente descuidados vivan para siempre*

ÍNDICE

Leer el mundo	9
Desviaciones de la lectura	15
Encontrarse en la lectura	27
Lectura simultánea	31
De lecturas y desapariciones	37
Promesas de lectura	45
Lectura viva	49
Perderse en la lectura	53
Salir de la lectura	57
Adiós a los libros	61
Adiós a las palabras	65
Utopía	69
La creación	77
La mudanza	83
Cazadores de palabras	87
La interrupción de la lectura	93
No	103
Se busca	107
La fuga	119
Exploración	113
La pérdida	117
Destrucción	121
Lugares propicios para la tragedia	123
Sin comunidad y sin milagro	127

Arena	131
El cementerio de todas las cosas	135
La eternidad	149
Espantapájaros	141
Chupador	145
Una puerta	149
La isla de los desaparecidos	153
El final de la lectura	157
El viejo final de todas las historias del mundo	159
Un nuevo principio	161
El alfabetizador	163
Sinfín	165

LEER EL MUNDO

Si es verdad que las historias felices son siempre iguales y que, por el contrario, diferentes son cada una de las historias infelices, entonces ésta viene a ser, acaso, la más infeliz de las historias porque es absolutamente distinta, rara como ninguna sucedida antes, la pesadilla que jamás había llegado a las palabras de ningún lenguaje de ningún idioma del mundo.

Palabras, de eso se trata todo, de las palabras y de las desapariciones.

Por aquel entonces yo era el mayor sólo en edad. En altura le llegaba a los hombros a Sergio y en vocabulario le llegaba sólo a las primeras palabras a Francisco. Francisco era Fragubur y sabía tantas palabras que, cuando lo conocí, siempre terminaba perdiéndome en su voz, como uno se pierde en un bosque.

—¿Qué significa? —lo interrumpía siempre—. ¿Qué significa?

Y Francisco se detenía y regresaba por mí.

—Ven, vamos —murmuraba como si me diera la mano—. “Demudado” es cuando alguien se queda aturdido, sin poder decir nada.

Lo que Fragubur había dicho era que nuestra ciudad estaba demudada.

Era verdad. Nuestra ciudad estaba perdiendo la voz.

Ya habíamos escuchado hablar a estudiantes de otros grupos de nuestra escuela —en los baños, a la hora del recreo, mientras caminábamos por los pasillos a la hora de la entrada o a la hora de la salida—, sobre aquello de las desapariciones cuando los maestros pasaban lista y proferían un apellido. “Gaujardo”, por ejemplo, o “Rentería”, y nadie alzaba la mano. En lugar de la sonora respuesta que todos pronunciábamos cuando nos nombraban, lo que se oía en el salón era un silencio filoso y largo que, igual a un alambre, iba atravesando lentamente el interior de nuestras cabezas hasta que la maestra o el maestro lograba reaccionar y leía el siguiente apellido de la lista: Hernández, Bocardo, Ríos. Y entonces el ruido de la silla donde alguien se levantaba y la voz que respondía “presente” o “aquí estoy” sonaban como el chasquido de unas enormes tijeras que ponían fin al alambrado silencio del sufrimiento. “Aquí estoy.” El breve sonido que había comenzado a hacer la diferencia entre una historia feliz y una historia infeliz.

En muchas casas de la ciudad empezaba a extenderse no sólo el silencio sino también el vacío. Dolorosos espacios de vacío en las recámaras y en torno a las mesas a la hora de comer cuando, de la noche a la mañana, ya nadie se tendía a dormir en ciertas camas y ya nadie se sentaba en ciertas sillas para compartir los alimentos. Para nosotros fue en el pupitre de Goran donde se asentó el primer vacío y el primer silencio de nuestra historia.

—Petrovic —dijo nuestro maestro esa mañana desde el escritorio, sin levantar la vista de la libreta de asistencia—. Goran Petrovic.

No se escuchó el rechinar de ninguna silla: no se dejó oír la voz de siempre, baja y confiada de nuestro amigo.

Demudados nos quedamos Francisco y Fernanda, las hermanas Carmen e Isabel, y también Sergio, Pilar y yo, viendo el último pupitre vacío de la tercera fila.

Nuestro maestro no reaccionó mejor que nosotros. No atinó a murmurar el siguiente apellido de la lista de asistencia. Bajó la cabeza, pero luego se obligó a levantarla de nuevo y nos

enseñó que no hay vergüenza en llorar cuando la vida te pasa por encima como un tren.

Alguien se había llevado a Gopegui.

Después aprendimos que la lección del llanto es más fácil de aprender que la lección de la desesperanza. Lo que quiero decir es que en la ciudad aprendimos a llorar pero no aprendimos a dejar de esperar. Así le dijo Francisco a Isabel, sujetándola de la mano porque, así como me había sucedido a mí en el pasado, ahora era ella quien se perdía en sus palabras rebuscadas.

—¿Qué significa? —preguntó Isabel.

—La “desesperanza” —le dijo Francisco—: es dejar de esperar... y eso es lo que nadie desea.

Las familias de cada desaparecido lloran desconsoladas, o sea “sin consuelo”; desasosegadas, o sea “sin sosiego”; desoladas, o sea “sin sol”, pero nunca desesperanzadas.

Recuerdo que Francisco tuvo razón. Cansados de llorar pero no cansados de aguardar frente a las ventanas o junto a los teléfonos, las madres, los padres y los hermanos mantenían la esperanza de ver volver a quien ya no estaba. Mantenían una esperanza árida, ya sin llanto pero todavía con los párpados enrojecidos e inflamados. Lo que hicieron la mamá y el papá de Goran ni siquiera fue propiamente una espera. Ellos salieron a las calles para gritar el nombre de nuestro amigo, aunque la policía les dijo que mantuvieran la calma, que ellos se encargarían de encontrarlo.

“Es nuestro único hijo”, repetían a quien quisiera escucharlos en las encrucijadas de las avenidas y en las ochavas de las calles. Ellos, la mujer de manos largas de pianista y el hombre con el cuello cruzado por gruesas venas, recién estaban entrando en la tragedia y en la más cruel de las preguntas —se lo oí decir a mi madre por teléfono—, la más cruel: ¿Qué queda de unos padres sin hijo? La vida no tendría que llevar a nadie a esa pregunta.

Recuerdo que para ese entonces ya había muchos desaparecidos en la ciudad. Niñas sonrientes de la edad de mi hermana María o chicos parecidos a mí. Sus caras tapizaban los muros y los postes de la ciudad como un triste recuento. Los recuerdos estaban prendidos con tachuelas, cinta adhesiva o grapas. Fo-

tografías. Retratos que los padres pegaban a lo largo de todas las calles pero que, a lo largo del tiempo, se iban estropeando por el sol y por las lloviznas hasta que era imposible reconocer ese manchón humano donde todavía podía leerse al pie del papel “DESAPARECIDO”.

—“Esperar” y “buscar” son dos verbos que en las malas épocas lo ocupan todo —había dicho nuestro maestro de redacción; verbos que se aproximaban hasta unirse espalda con espalda como las dos caras de una misma moneda. Por eso, si no esperabas, buscabas, y si te abatías en el cansancio de la búsqueda, retornabas entonces a la amarga espera.

A la hora de la salida de ese primer día sin Goran, yo pensé en una moneda pero con un hoyo en medio.

Esperar y buscar son las dos caras de una moneda agujerada por otro verbo: perder.

El dominio de la pérdida. Perderte, perderlos, perders, pérdida.

—Otro desaparecido —es lo que habían cuchicheado unas madres a mi madre cuando crucé el portón de la escuela.

—¡No es otro desaparecido! ¡Es Goran! —grité.

Mi hermana menor se asustó pero yo extendí mi mano para tomar la suya.

—No está desaparecido —susurré, aunque ella no entendía nada—. Él no puede desaparecer.

Esa tarde, Fernanda, Sergio, Carmen, Francisco, Pilar e Isabel habríamos salido a gritar su nombre en las calles y a pegar su retrato en los árboles y en las cabinas telefónicas, si nuestros padres no hubieran estado tan asustados. Mi madre me puso la mano en el hombro cuando salí de la escuela y vi que las otras madres también conducían así a cada uno de mis amigos hacia taxis, autobuses y tranvías. Con la mano en el hombro, posadas con suavidad, pero listas para cerrarse violentamente si hubiéramos intentado irnos por nuestro lado.

Carmen lo intentó.

—¡Déjame ir!... ¡Déjame ir! —comenzó a gritar llorando, y su mamá se detuvo y la abrazó sin soltar la mano de su otra hija.

Hoy pienso que toda esta historia infeliz se redujo a ser una vida girando alrededor de unas cuantas palabras. No dos, como dijo el maestro de redacción, sino cinco las palabras en torno a las cuales comenzó a existir nuestra ciudad entera, pronunciadas entre todos nosotros a muchas voces, como un trágico coro: perder, llorar, buscar, esperar, temer.

Lo sucedido a Goran y a tantos como él era lo que había que temer, “lo temible”.

Aquella noche, con las ventanas del departamento cerradas con candado y la puerta de mi habitación abierta de par en par para que mi mamá y mi papá pudieran confirmar desde la sala que mi hermana y yo seguíamos allí, no pude intuir que lo que ocurría era una cuestión de palabras y que la clave estaba en dar con una que pusiera fin al atormentado remolino de esos cinco verbos trágicos en los que nos estábamos hundiendo.

Supongo que, a su modo, cada quien rastreaba esa palabra, un verbo salvador que podía ser “rondar”, “vigilar”, “acechar”, “perseguir”, como hacía la policía. O “rezar”, como nos decían en los templos. O “advertir”, como voceaban en la televisión y la radio. O cualquier verbo aproximado a la palabra “cuidar”, que de pronto se había vuelto una empresa imposible. La verdadera misión de los padres era cuidar a sus hijos, y sin embargo ya nadie sabía cómo hacerlo.

—¿Cómo es posible que el mundo haya cambiado tanto como para que algo así se nos haya olvidado? —escuché decir a mi abuela esa misma noche.

¿Quién habría sido capaz de imaginar entonces que algo tan poco asombroso, tan poco espectacular, fuera a convertirse en el verbo de la esperanza? Acaso únicamente Goran, Goran Petrovic Guía, Gopegui, como lo llamábamos nosotros. Quizá él fue el único en intuir que el verbo para ayudarnos a enfrentar la tragedia era el verbo “leer”.

DESVIACIONES DE LA LECTURA

De la escuela al departamento, del departamento a la escuela; a eso se redujeron nuestras salidas en la ciudad en aquel entonces. Cuando yo iba en el tranvía miraba desde la ventana todos los espacios intermedios que ya no podía visitar —las calles del mercado, los dos puentes, el parque— porque nuestro mundo sólo tenía dos coordenadas: estar a salvo en casa o estar a salvo en la escuela.

—¿Qué dice ahí? —recuerdo que me preguntó mi hermana dos días después de la desaparición de Gopegui.

Ella, que no cumplía aún los cinco años, hacía lo mismo cada vez que veía un letrero panorámico a través de la ventana del tranvía. Aún no tenía edad para la escuela, pero le gustaba acompañarme. De ida, mi papá se sentaba junto al pasillo; de regreso era mi madre quien ocupaba el mismo sitio, y ella, mi hermana María, siempre se metía entre nosotros: entre mi papá y yo si eran las siete de la mañana, entre mi mamá y yo si eran las tres de la tarde, porque le gustaba acompañarme de la casa a la escuela y de la escuela a la casa para señalar con su brazo cada letrero que se atravesaba en nuestro camino.

—¿Y qué dice ahí, Fer?

A través de la ventana del tranvía, yo observaba las palabras que para ella tendrían que ser arbitrarios rayones, dibujos tan absurdos como los surcos de las cortezas de los árboles o como van y vienen los oleajes en el mar, como vuelos de mosca o

como las profundas arrugas de la abuela. Algo que yo, su hermano, sabía leer para ella.

—¿De verdad? —preguntaba ella admirada cuando yo le leía el anuncio en turno.

Y yo no necesitaba decirle la verdad. En la brillantez de sus ojos, ella dejaba ver que me creía.

—¿Qué dice, Fer? —me interrogó por segunda vez esa mañana, apuntando hacia el enorme telón que caía metros y metros desde el techo de un edificio, como una cascada de palabras.

La tela ondeaba por causa del viento y las palabras parecían moverse:

Un niño desaparecido es un niño que primero se nos perdió a nosotros.

¡No sueltes su mano!

¡No cierres los ojos!

¡Tus hijos no te tienen más que a ti!

¡Tú eres responsable!

¡Tú eres su héroe!

—¿Qué dice, Fermín? —se inquietó mi hermana ante mi silencio.

Yo miré a papá, luego la vi largamente y musité con vergüenza:

—Muy pronto serán reabiertos los parques y se podrá pasear por las calles.

Entonces ella fue la que tardó en reaccionar. Era obvio que ya estaba acostumbrada a que el mundo no le diera mensajes así.

—¿De verdad? —gritó cuando salió del pasmo—. ¿Oíste, papá?... ¡Muy pronto!

Luego se acercó y me dio un beso con tantos signos de admiración como los de la tela oscilante del edificio que dejábamos atrás.

En las casas, la vigilancia se había extremado al grado de que no nos permitían hablar por teléfono sin supervisión; las computadoras fueron desconectadas, cualquier programa que veíamos